



*Manuel Gutiérrez Aragón. Mitos, Religiones y Héroe* es un pequeño e interesante volumen recientemente publicado por la Université de Saint-Etienne que reúne las reflexiones y análisis de nueve especialistas en torno a la obra cinematográfica y literaria del director cántabro. Como su título indica, aunque con perspectivas y tonos diversos, los distintos capítulos estudian la influencia de los mitos, las religiones o los cuentos tradicionales –entre otros elementos– en las películas de Gutiérrez Aragón, pero también en algunos de sus trabajos literarios.

El libro, coordinado por Marion Le Corre-Carrasco, Philippe Merlo-Morat y José Luis Sánchez Noriega, contiene un prólogo firmado por el propio cineasta en el que explica cómo su condición de niño enfermo fue determinante en el desarrollo de su pasión por contar historias. La lectura de cuentos y la narración de películas formaban parte de las continuas atenciones que recibía, y le sirvieron, nada menos, que para hacer “expresiva” la enfermedad, utilizándola “como palanca para mover el mundo” (p. 7). Aquella infancia marcada por el mito y lo fantástico se trasladaría muy pronto –ya desde sus primeros ejercicios como estudiante de cine– a la pantalla, aunque “la inspiración en los cuentos maravillosos” siempre fue más bien un “bosquejo para la totalidad”, dado que “la pretensión era darle un acabado realista” (p. 21), como explica el mismo Gutiérrez Aragón.

Precisamente esa dualidad, realismo-fantasia será un eje transversal a lo largo de toda su filmografía, algo que refleja bien el texto firmado por Agustín Gómez Gómez (“El paisaje y su poder transformador”), en el que se analiza el paisaje natural como elemento que sirve al cineasta para establecer la dialéctica entre realidad y ficción. Así, sus personajes, que son siempre más relevantes que el espacio, se encuentran, sin embargo, “sometidos al dictado de la naturaleza” (p. 52). Y es que, si hay que elegir entre el paisaje como narración o como contemplación (siguiendo a Martin Lefebvre), las películas del director cántabro –quien más atención ha prestado al mundo campesino entre los cineastas españoles, según Gómez– están indudablemente más cerca de la primera opción. El autor de este capítulo, que focaliza su análisis en *Habla mudita* (1973), *El corazón del bosque* (1979) y *La vida que te espera* (2004), subraya el hecho de que fantasía y realidad se entremezclan sin anularse, dando como resultado un espacio que es real y metafórico al mismo tiempo y que sirve para enfrentar cultura y naturaleza a través de propuestas diversas, pero con un elemento común: el paisaje tiene una fuerza enorme y es, por encima de todo, “el lugar de la historia” (p. 63).

En relación con este texto, en el que se ponen de manifiesto los problemas de comunicación entre el mundo rural y el urbano en el cine de Gutiérrez Aragón, se encuentra uno de los capítulos centrados más directamente en la cuestión mitológica, y que aborda la problemática de la comunicación en un sentido distinto: “Entre la expresión y comunicabilidad: Mito, narración y realismo en el cine de Manuel Gutiérrez Aragón”, de Fernando Ramos Arenas. En él se apunta a la oposición entre “expresión y comunicabilidad” como tensión esencial de la obra fílmica del director de Torrelavega, y se subrayan algunas de las constantes que se encuentran en sus películas en cuanto al mito: especialmente la utilización de este como estrategia narrativa y a la vez como recurso para estructurar la voz de autor. Así, en su esclarecedora aportación, Ramos Arenas se ocupa, en primer término, de analizar el lugar fundamental de esa tensión entre expresión y comunicabilidad en los filmes rodados durante el período de la Transición, momento de una “luna de miel” cinematográfica en el contexto español por la existencia de un público joven cinéfilo y competente. A continuación, desentraña algunos elementos clave de la evolución de nuestro cine durante las tres últimas décadas, tomando como punto de partida precisamente la transformación de la cuestión mitológica en la obra de Gutiérrez Aragón, que va abandonando progresivamente su carácter más expresivo y autoral, en favor de una mayor comunicabilidad a través del realismo.

Sin abandonar el mito, Philippe Merlo-Morat se adentra en “¡Cuéntame el cuento de toda tu obra, por favor! Manuel Gutiérrez Aragón bajo la protección tutelar de Dionisio y del Minotauro” en las películas del director cántabro a partir de la “mitología” de Gilbert Durand y de otros clásicos como Propp y Greimas. Asimismo, se apoya en la teoría del filósofo Henri Bergson y sus estudios en *Matière et Mémoire* (1986) para el análisis de lo que denomina un “maravilloso mítico” (p. 100) presente en la mayoría de sus filmes. Desde estos presupuestos, Merlo-Morat aborda determinadas escenas de *Habla mudita* (1973), *Maravillas* (1981), *Demonios en el jardín* (1982) y *La mitad del cielo* (1986) –entre otras– señalando los abundantes mitemas e invariantes que remiten a los cuentos de hadas, relatos clásicos y bíblicos, y que conforman en su conjunto el mito fundador que explica la obra de Gutiérrez Aragón.

Además de la dimensión mitológica, de la fabulación y lo metafórico, la religión es otro de los ejes fundamentales sobre los que pivota la filmografía del cineasta objeto de estudio y, por ende, el libro que aquí se reseña. Esta cuestión es el núcleo esencial de tres capítulos, el primero de los cuales (“De cuerpos e imágenes en *Visionarios*”), firmado por la profesora Bénédicte Brémard, analiza lo religioso en la película *Visionarios* (2001). Si, según la autora, la religión “proporciona al cine unos esquemas narrativos que lo hacen reflexionar sobre sí mismo” (p. 24), este filme en concreto, que se presenta como una cinta sobre la relación entre cuerpo e imagen cinematográfica ya desde los títulos de crédito iniciales, “no sólo nos habla de cine, sino que define el cine de Gutiérrez Aragón: un cine en que lo individual choca con lo social; un cine de cuerpos e imágenes libres” (p. 35).

Por su parte, Marion Le Corre-Carrasco focaliza su texto “*Semana Santa* (1992): un género fílmico híbrido” en el mediodocumental que el director cántabro dedicó a esta festividad religiosa el año de la Exposición Universal de Sevilla. Es precisamente la “hibridez constitutiva” a la que se refiere el título del capítulo, el elemento fundamental a partir del cual Le Corre-Carrasco analiza el filme, que tiene una “voluntad de comunicación, o vulgarización” (p. 68) –que no didáctica– de la

Semana Santa (la autora habla en este sentido de la “universalidad” del mensaje que traslada). La película, en definitiva, responde a una doble ambición declarada por el propio Gutiérrez Aragón: enseñar (mostrar) y “transmitir la emoción que produce la visión directa del espectáculo” (p. 76).

El tercer texto que se centra más directamente en lo religioso es “*El Quijote* (1992) de Manuel Gutiérrez Aragón: religión y antropocentrismo”, de Emmanuel Marigno, que, como su nombre indica, aborda la serie que el cineasta rodó a principios de los años noventa para Televisión Española, basándose en el primer *Quijote* de 1605. Marigno busca, en última instancia, una “posible hermenéutica de lo religioso” apoyándose en las teorías de la recepción de Combe (1985), Dufrays (1994) o Sanders (2015). Según el autor, Gutiérrez Aragón encuentra en Cervantes “todo un ámbito acorde con sus estilemas, estructurados según una dialéctica naturaleza/fantasmagoría” (p. 85), y tras un elocuente análisis de varias secuencias de distintos capítulos, resume así la hermenéutica hallada: “una cosmografía materialista antropocéntrica, una cosmografía iconoclasta en que el ser humano tiene que abrirse camino por sí solo” (p. 93).

Aunque en algunos de los capítulos mencionados hasta el momento se alude a la producción del cineasta como escritor, es “*Contracampo: dos novelas y un ensayo de Manuel Gutiérrez Aragón*”, firmado por Óscar Curieses, el que trata directamente de esta vertiente de su obra. De entrada, el texto tiene el valor de dar a conocer una faceta que ha pasado mucho más desapercibida hasta hoy, pese a que hace más de diez años que el director dejó el cine para dedicarse a la ficción literaria. Más concretamente, Curieses se hace eco, en primer lugar, del ensayo *A los actores* (2015), que “no es un tratado de actuación”, sino “simple y llanamente una visión del arte cinematográfico y de la propia trayectoria del director desde esa perspectiva, la de la relación con los actores” (p. 39). Posteriormente analiza sus dos novelas más recientes: *Cuando el frío llegue al corazón* (2013) y *El ojo del cielo* (2018), que si bien recogen temas previamente (y ampliamente) transitados como la política, los maquis, la vida rural o la posguerra, hay en ellas un mayor sentido del humor, según Curieses, “y en cierto modo una salida a la desesperación y a la nostalgia de las narraciones anteriores” (pp. 42-43).

De vuelta a lo puramente cinematográfico, el libro termina –y sorprende– con dos capítulos muy distintos entre sí que continúan arrojando luz sobre algunas de las múltiples aristas que definen la filmografía del director protagonista. En el primero, “*Alimentos y rituales de comensalidad en el cine de Manuel Gutiérrez Aragón*”, José Luis Sánchez Noriega reconoce el valor de los análisis mayoritarios publicados hasta el momento, en los que se destaca el carácter mitológico, alegórico, mágico y religioso de su obra, la influencia de los cuentos de hadas, de determinadas figuras literarias, etc., pero opta por poner el foco en un aspecto diferente y singular: la centralidad de la comida y de las “ceremonias” y significados que la envuelven. Partiendo de esta premisa, vamos recorriendo distintas secuencias de varias películas en las que los alimentos juegan papeles muy diversos: tienen un valor simbólico o un sentido metafórico, su presencia viene justificada narrativamente por los espacios de la acción, son una muestra de poder o producto del clima histórico, realizan la función de mediación simbólica o son, por el contrario, objeto de un tratamiento realista... En definitiva, Sánchez Noriega aporta una perspectiva novedosa y muy sugerente, que se ve complementada por otro evocador y original capítulo, firmado esta vez por Jean-

Claude Seguin. En este, titulado “*Maravillas: la tentación del vacío*”, el profesor francés rememora su primer visionado del filme de Gutiérrez Aragón que da nombre al texto, y tras declarar su intención de “dejarse llevar por el flujo de la obra, para poder ‘percibir’ más que ‘comprenderla” (p. 151) –haciéndonos cómplices a los/as lectores de esta estrategia–, se centra en “siete planos para siete conceptos”: vacío, elevación, confesión, ejecución, soledad, incineración y justicia (p. 167).

De esta forma tan particular y llamativa llega a su fin *Manuel Gutiérrez Aragón. Mitos, Religiones y Héroes*, un libro imprescindible tanto para especialistas en el trabajo del director cántabro, como para las y los espectadores de sus películas y lectores de sus novelas. Aunque la combinación de temáticas, metodologías y aproximaciones diversas es susceptible de generar en algunos momentos la sensación de falta de unidad, este compendio de textos libres y heterogéneos tiene, sin duda, muchas más virtudes que desaciertos, y ello no solo por la valiosa información que aporta, sino también por las amplias opciones que propone a la hora de acercarse a esta figura esencial del cine español contemporáneo. En definitiva, su mayor logro radica en su capacidad para abrir la mirada y sugerir caminos posibles para seguir adentrándose en la obra de Gutiérrez Aragón, apuntando algunas claves de análisis imprescindibles, sin imponer en ningún caso lecturas únicas ni interpretaciones cerradas.